

Proverbios 25:6-7

Sermón Proverbios 25:6-7

⁶ No te alabes delante del rey
ni te pongas en el lugar de los grandes,
⁷ porque mejor es que se te diga: «Sube acá»,
y no que seas humillado delante del príncipe
a quien tus ojos han visto.

Todos conocemos casos de personas que se jactan de que codean con los grandes, que tienen influencias, que ellos pueden lograr algo con el gobierno o con un congresista, o lo que sea. Puede ser cierto en algunos casos, pero muchas veces es pura palabrería. En el momento en que se necesita su ayuda, los grandes dirán de esa persona: ¿Pero quién es ese tipo? ¿Quién se cree? El que tanto se jactaba, resulta que no es nadie, y queda avergonzado en su orgullo y su jactancia.

Jesús se refiere a los versículos de nuestro texto en el Evangelio de hoy. Con esto nos da a entender que también espiritualmente hay gran peligro de creerse algo que no se es, de tener orgullo y pensar que se tiene un puesto privilegiado en el reino de Dios. Termina diciendo: “Cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”. Nos recuerda que ante Dios no tenemos ningún derecho siquiera de estar en la presencia de Dios, sino que todo tiene que ser por pura gracia y misericordia divina. Consideremos como nuestro tema de hoy: No te exaltes en presencia del rey. I. Cristo se humilló para darnos su justicia. II. Seamos un espejo de su amor en relación con los demás.

En el Evangelio de hoy escuchamos que Jesús, “observando cómo los convidados escogían los primeros asientos a la mesa, les refirió una parábola, diciéndoles: «Cuando seas convidado por alguien a unas bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: ‘Da lugar a este’, y entonces tengas que ocupar avergonzado el último lugar”. Lo que Jesús observaba entre los invitados en esa fiesta desafortunadamente es una parte de la carne pecaminosa de todos nosotros. Nos gusta la alabanza y el reconocimiento. Nos gusta pensar que nuestros logros o nuestra posición o nuestras posesiones nos dan algo de privilegio en relación a los demás, que muy fácilmente consideramos como nuestros inferiores.

Jesús indicaba que aun en lo terrenal, esta actitud es un pecado, porque sólo busca lo suyo y olvida del amor para con el prójimo. Aun en la esfera terrenal, el escritor de Proverbios aconseja sabiamente: “No te alabes delante del rey ni te pongas en el

lugar de los grandes”. Muchas veces, también en lo terrenal, “Cualquiera que se enaltece será humillado”.

Pero si esto es el caso con lo terrenal, es tanto más cierto en el caso de lo espiritual. Todo el que piensa que tiene derecho a estar siquiera en el reino de Dios, mucho menos ocupar un lugar prominente en él, terminará excluido. Tenemos un ejemplo en el fariseo que entró en el templo. Ese hombre creía que gozaba de especial favor ante Dios. ¿No había guardado escrupulosamente las leyes del diezmo y muchas otras cosas estipuladas en la ley? Según él, con toda razón se paraba y elevaba sus ojos hacia los cielos jactándose de su justicia y su gran espiritualidad. “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”. Y con estas gloriosas obras pensaba que Dios debería estar muy contento con él y que debería galardonarlo abundantemente.

Sabemos lo que sucedió. Ese hombre no fue a su casa justificado. Es decir, Dios no pudo llamarlo justo ante él, de modo que con toda su justicia a sus propios ojos, quedaba condenado y excluido. Había escogido el camino ancho de la propia justicia que conduce a la condenación. “Cualquiera que se enaltece será humillado”.

Otro ejemplo es el joven rico. Preguntó a Jesús: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” Jesús le respondió: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Jesús esperaba que con humildad reconocería que no había nada que podía hacer para obtener la vida eterna. El hombre sencillamente no puede guardar los mandamientos en la medida que sería necesario para entrar en el cielo. Pero el orgullo humano no muere fácilmente. Aun cuando Jesús le recitó los mandamientos: “ No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo”, el joven respondió: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?” El resultado de su orgullo espiritual es que Jesús tuvo que decirle: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme”. El resultado es que el joven se fue triste. No había guardado siquiera el primer mandamiento. Su riqueza y los honores que la acompañaban significaban más para él que la vida eterna si significaba abandonar todo esto para acompañar a aquel que no tiene ni dónde acostar su cabeza en esta tierra. Por retener como su verdadero tesoro las cosas y la honra terrenal, perdió las riquezas y la honra celestial. Otra vez: “Cualquiera que se enaltece será humillado”.

Lo que hemos visto son dos ejemplos de personas que se alababan en presencia del Rey eterno. Se consideraban a sí mismos dignos en base a sus obras y servicios y sacrificios por el Rey. Pero el Rey no reconoce esta justicia que uno mismo produce con sus propios esfuerzos. Nada valdrá en el día del juicio excepto un cumplimiento absolutamente perfecto de la ley divina, y eso es algo de que ni los cristianos son capaces. Nosotros también tenemos que confesar: “pues todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”. Si esto es el caso con nosotros, ¿qué diremos de los que no creen, puesto que “sin fe es imposible agradar a Dios”?

Sin embargo, lo que el hombre no puede lograr en la presencia de Dios en base a sus propios esfuerzos y obras, el Rey mismo vino para otorgar a los hombres. Lo hizo precisamente humillándose a sí mismo. Tomó la forma de un siervo. Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Tomó nuestra carne y sangre, nuestra misma naturaleza, para cumplir en ella todo lo que Dios exigía de nosotros y que no pudimos dar. Aunque era el Rey del universo, Cristo vino para servir humildemente y así ganar para el hombre eterna salvación y gloria y honra celestial. Y es cuando el hombre reconoce su propia indignidad, y se apropia sólo por fe la dignidad del Rey humilde que vino para cumplir toda justicia por él, que será recibido y exaltado a la presencia de Dios mismo en la gran cena de bodas del Rey. Entonces, “el que se humilla será enaltecido”.

“El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos”. Como dice Pablo en Romanos 4: Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. ¿Cómo podremos estar en pie ante Dios? Nos contesta San Juan: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”.

Así lo encontró el publicano en la historia que contó Jesús. Nos dijo que “el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘Dios, sé propicio a mí, pecador’”. Y con esta confesión de su indignidad, dice Cristo que “este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”. Esta condescendencia del Hijo de Dios es capaz de obrar el perdón aun por nuestros pecados de orgullo e indisposición a servir a los demás por los que merecimos ser rebajados al mismo infierno.

Y es cuando reconocemos que en nuestra indignidad, Cristo mismo, el eterno rey, se dignó levantarnos y nos invita a tomar un asiento de honor en el banquete celestial, que hallamos también la fuerza para adoptar un procedimiento similar hacia nuestro prójimo. Cuando Pablo en Filipenses habla de la profunda humillación de Cristo para obtener nuestra salvación, lo presenta en servicio a la exhortación: “Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”.

Cuando Cristo dijo que “el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos”, fue en servicio de su exhortación a sus seguidores: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos”.

Cristo consistentemente modeló este comportamiento durante su ministerio aquí en la tierra. Tal vez no hay otro ejemplo más impresionante que lo que pasó en el aposento alto la noche antes de la muerte de Jesús por nuestros pecados. Allí los discípulos se habían reunido para celebrar la Pascua. Nadie quiso hacer el humilde servicio de lavar los pies a los demás. Fue entonces que Jesús mismo “se levantó de la cena, se quitó su manto y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido”. Explicó su acción a sus discípulos: “¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros, porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que lo envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis”.

Pedro nos exhorta: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo”. Finalmente, los que reconocen su propia indignidad, confiesan sus pecados, creen sólo en el mérito de Cristo, y en gratitud a él exhiben humilde servicio hacia su prójimo, escucharán la gloriosa invitación del anfitrión en la fiesta de bodas del Cordero: “Sube acá”. Siéntanse con Abraham, Isaac, Jacob, y todos los creyentes de todos los tiempos. En aquel día no tendremos que avergonzarnos, porque no estaremos buscando nuestra propia gloria, sino la de nuestro Redentor perfecto que ha cubierto

todas nuestras indignidades y pecados. “Vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos”. Dios conceda que nosotros estemos entre ellos. Amén.